

EL JARDÍN DE LOS LAMENTOS

Gerardo Steinfeld





El Jardín de los Lamentos

Gerardo Steinfeld

Gerardo González
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2025.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 978-980-18-6119-5
Depósito Legal: ZU2025000191

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

*Como la sombra de un fantasma por las noches
Cruzando montes, barrancas y poblados
Va un hombre triste, montado en su caballo
Su perro lo acompaña, rastreando en los sembrados*

*Todos se dicen por ahí viene el arracadas
Lleva patillas, chamarra de vaquero
Tejana negra y pantalón de cuero
Con mirada tranquila buscando algún cuatrero*

*Voy a cumplir un juramento que es sagrado
Cuando salió de su jacal dijo a su madre
Voy a buscar aquel traidor que allá en la loma
Cobardemente y sin piedad mató a mi padre*

*Unos rumores de plegaria se escucharon
Cuando una madre por su hijo pide al cielo
Luego un caballo se aleja relinchando
Y allá por la barranca sus pasos se perdieron*

Existe un «libro maldito» del que solo se deben leer un par de páginas por día o... se corre el riesgo de perder la cordura. Su poder hipnótico es capaz de apoderarse de los pensamientos de cualquier persona. Está prohibido leerlo y ha cambiado de lugar constantemente para esconder el secreto inmemorial que se esconde en su siniestro contenido. Los pocos que atisbaron sus páginas cuentan sobre profecías, palabras sin sentido y conversaciones que el autor tuvo con diferentes entidades sobrenaturales. El libro ha causado desgracias en las épocas que apareció y desapareció... bajo mi misteriosas circunstancias. El mismo libro que dejó ciego a Azazel el Loco, manipuló el brujo Rasputín, tradujo el malvado Elphias Levi y buscó con desesperación Adolf Hitler. Los horrendos sucesos que se producían en torno al libro ocasionaron que la Iglesia Católica lo condenase a la destrucción... pero existen traducciones que han llegado hasta nuestro tiempo y serán capaces de tambalear la comprensión que tenemos del mundo.

Prólogo

El Hombre con Cabeza de Ciempiés me atormenta en pesadillas...

¿Se puede morir en un sueño? Desde que fui internada en el Manicomio de Ciudad Zamora, los sedantes me han adormecido lo suficiente como para no recordar esas espantosas pesadillas. Escribo estas notas en el caso funesto, de que esa entidad maligna llegase a este mundo por mi causa.

De niña me sentía diferente a los otros, siempre he tenido sueños vivaces, tan reales que... al despertar, pensaba que estuve inmersa en otro cuerpo. No comprendemos cuán extraño puede ser el universo y sus misterios. He soñado que soy otras personas, tengo vidas y oficios distintos y he muerto muchas veces... como esa vez que iba en un tren metálico y las luces fosforescentes me arrancaron de la ensoñación con un grito.

Mi madre me llevó con estudiosos de la mente y los sueños, que jamás llegaron a conclusiones acertadas. Pero, seguí soñando con pirámides de plata y puentes de luz a través de estrellas titilantes. Sentía que mi mente viajaba por las noches, y por eso... mi cuerpo siempre estaba cansado y pesaroso. Creía conocer a ciertas personas que veía en la calle... y, fueron los paracientíficos quienes vieron el brillo índigo de mi alma. Una gitana morena adornada con collares de piedra, confesó que era una de esas almas viejas que atravesaron las dificultades del jardín de los lamentos para progresar en el escalafón de la sinfonía de vida y muerte.

¿Puede una persona asistir a dos funerales? ¿Qué significa un beso de despedida?

He visto a una chica a la cual amé en sueños, llamada Jazmín, cuya despedida me dejó con una inusitada tristeza en sus ojos. Cada vez que sueño con ella, tengo el presentimiento de que es la última vez que nos vemos. Hay un hechicero noctámbulo que me deja ver el camino de las estrellas a través de sus ojos. Un cometa de sangre que se parte en fragmentos con un rayo azulado.

Viví durante mucho tiempo en los ojos de aquel joven... vi su turbulenta vida repleta de flagelos como si se tratara de un crisol brillante con un amor desmesurado que trascendía las leyes de lo posible... y, cuando desperté, miré con asombro que yacía internada en un hospital por un coma de tres días. Ese fue el comienzo de mis viajes a otros tiempos y mundos posibles. La había amado y la había perdido... ¿De quién era aquel sueño que estuve condenada a repetir durante meses? Veía ojos negros, gritos y palabras desconocidas en una ciénaga purulenta de la que emergían dedos de piedra afilada.

No recuerdo cuándo comencé en este camino ignoto de sueños y epifanías. Frecuenté cultos satanistas y demás sectas religiosas en busca de respuestas a los misterios del alma, pero nunca pude encontrar repuesta para sofocar mis desprendimientos peligrosos. Durante años tomé pastillas para aliviar mis desórdenes mentales y los médicos me sometieron a estudios de diversa índole, sin descubrir la causa de mis desmayos y mis proyecciones liminales. Leí libros de psíquicos famosos y pactos con entidades desconocidas en una obsesión compulsiva por comprender el secreto de mis dones...

Nuestra alma sale todas las noches a otro plano dimensional, es cuando empezamos a soñar y se le llaman «viajes astrales»... esto puede ser voluntario o involuntario, pero todas las noches ocurre al dormir. En el libro tibetano de la vida y la muerte, leí que nuestra alma sabe cuándo vamos a morir. Incluso, un minuto antes de morir abandona nuestro cuerpo... preparándose para el viaje cósmico. Nuestra alma es infinita y nuestro cuerpo es solo un instrumento pasajero. Un «transporte» en este plano dimensional. Nuestra Esencia Divina vivió muchas vidas antes de nosotros, y vivirá muchas más en un ciclo sin fin. Existen personas que afirman ser «almas viejas» porque sienten que han estado en cuantiosas sinfonías y se les conoce como «seres despiertos».

Empecé un viaje a la Montaña Sorte de Montenegro junto a un grupo de Santeros encabezado por una pitonisa de ascendencia gitana que adivinaba los males del tabaco y realizaba limpiezas energéticas. Recuerdo nuestro viaje por las lomas venezolanas, guiados por una madre de agua verdosa de lengua bífida, y el encuentro en aquel pueblito pintoresco... para iniciar el peregrinaje a través de la cadena montañosa. Allí, el misticismo era abundante y se rezaba a un panteón numeroso de Cortes Espirituales: desde dioses vikingos hasta malandrines satíricos. Fui testigo del horror y la majestuosidad de las posesiones de espíritus en aquellos Reyes de Materia al beber peligrosas dosis de bebidas alcohólicas y calar gruesos tabacos negros en trances gnósticos. Recuerdo a un brujo de aspecto esquelético y negro como el carbón, que me habló con voz incorpórea, poseído por un ente misterioso del panteón de María Lionza.

—Posees un brillo índigo—proclamó el brujo retorciéndose frente a mis ojos como una serpiente furiosa—. Un brillo peligroso, artístico y sensible... que debes dejar de esconder o te consumiré.

Durante años esas palabras significaron todo para mí y pertenecí al culto de hechicería de aquella pitonisa morena conocida como la Bruja de los Sueños; para encontrarme en gnosis de incienso, velas y meditación. Con mis poderes, pude sobrevolar mares tormentosos y dunas agitadas por ventiscas calurosas. Visité catacumbas y fui parte de los sueños de piedra de cavernas nunca antes encontradas por arqueólogos. Encontré civilizaciones abandonadas en la espesura de selvas infranqueables y estuve allí... viajando a través del tiempo y el espacio en épocas desconocidas cuando seres híbridos pululaban los continentes en colonias macizas de estructuras alativas. Recorrí el fondo acuoso del mar en oscuras visiones pobladas de líquenes, moluscos, algas y extrañas edificaciones piramidales sepultadas en la sal de una necrópolis oceánica.

Recuerdo haber habitado en los ojos de una criatura de pensamientos extraños, recubierta de escamas verdosas y ojos enaltecidos por la luz diurna. Vi un cielo plomizo ensartado de cometas cerúleos y enjambres de monstruos demoníacos surcando en nubarrones las civilizaciones de monumentos ciclópeos... Y emergiendo del mar en oleadas abismales de infestaciones voraces.

Vi estrellas caer de un cielo nocturno mucho más luminoso que el nuestro y una luna inmensamente más grande que la visible en la era humana. He recordado el pasado y lo he olvidado al despertar... He

presenciado el río de las almas en la sinfonía de vida y muerte, en mareas de gases estelares cuya naturaleza es incomprensible para la mente humana. La Esencia Divina del Todo, y los seres de luz.

Mi don me llevó lejos por el mundo. Mi cuerpo físico ha viajado a África en busca de misterios y, he contactado con entidades anteriores a la Creación... buscando comunicarse con nuestro plano. En uno de mis viajes fui contactada por un extraño hombre con sombrero de copa, para investigar un artefacto y formar parte de ese culto sectario que me condujo a la locura... Uno de los dones que desarrollé con los años, fue la capacidad de «recordar» el pasado de los objetos con tocarlos y sumergirme en el trance gnóstico al abrir el tercer ojo de la percepción.

El hombre de sombrero y vestimenta oscura me llevó a las entrañas de un edificio alargado de amplias vitrinas, losas oscuras y lámparas tubulares de un blanco enfermizo. Allí me esperó un extraño sacerdote de túnica bermellón, con la cabeza escondida en un ostentoso yelmo de plata con forma de serpiente severa. Pude ver los ojos aguamarina del hombre bajo la visera, y la textura engorrosa en sus patas de gallo... me asustó. Cogí valor ante aquella figura sangrienta y me propuso establecer la conexión con un objeto de un pasado enigmático, escondido con recelo en un cofre sellado.

Aquel salón de muebles toscos, bustos solemnes y óleos de extraños retratos... me transmitió una intranquilidad inusitada. En las paredes de pódrido vidrioso podía atisbar sombras sinuosas no visibles en la estancia... y sentía las reverberaciones de energías antiguas reunidas en torno a nosotros. Soy una per-

sona muy sensible... y me ardía el pecho al respirar. En una repisa encontré cofres antiguos de índole fantasmal, con los ribetes gastados y los cerrojos oxidados; adentro contenían gritos y secretos.

La Serpiente de Plata abrió el candado de uno de esos cofres antiguos: el marco argentino se desprendía y la madera dorada tenía manchas de humedad. El cerrojo cedió y se abrió con un crujido... y arrugue la nariz ante un gas miasmático excretado del interior de la caja. Parecía que el contenido llevaba siglos sellado herméticamente... porque me pareció escuchar un lamento cuando se abrió. Lo que voy a contar a continuación es difuso en la nube de mi memoria... ojalá pudiera escribir recuerdos impolutos, pero la distorsión de mi vida comenzó cuando entré en contacto con aquella estatuilla de material desconocido y el verdadero secreto escondido... bajo el falso fondo del cofre.

El hombre con máscara de serpiente levantó la estatuilla en sus manos pálidas de largos dedos y la giró. Nunca había visto un material semejante: parecía plata oscura, pero... mirándolo mejor: era reflectante y translúcido. No existía en el mundo otra estatuilla del mismo material, y las inscripciones que contenía eran incomparables a cualquier alfabeto humano comprensible. Los caracteres acentuados me llenaron de terror al vislumbrar una naturaleza desconocida en el universo... pero lo más tétrico, fue encontrar el símil de aquellas letras con las inscripciones que creía haber visto en mis expediciones extracorpóreas a las ruinas del fondo marino y las civilizaciones enterradas en la selva indómita. Aquella estatuilla reluciente, sin pátina... a pesar de su

antigüedad prehistórica, era la escultura demoníaca de una bestia quimérica de varias cabezas, pelaje hirsuto, alas membranosas y cola peluda similar a una serpiente.

—Sabes lo qué es—no parecía una pregunta. Aquel hombre sondeó en lo profundo de mi alma con habilidades psíquicas más allá de las capacidades humanas; era un Mortificador de talento excepcional—. Lo has visto en tus viajes al pasado remoto, en la memoria del alma... cuando vestías ropa de lino muy fina, y recorrías plazas de piedra y pirámides ciclópeas. Cuando la estrella pulsante se ve en el cielo meridional y sueñas que eres uno de ellos: un sabio de piel escamosa cuyo verdor repugna el sol, de ojos amarillos y delicados. Sabes qué son los monstruos quiméricos que emergen del mar y sobrevuelan los cielos en enjambres devastadores que destruyen tu mundo... y ves el final de aquella vida en fauces plagadas de colmillos babeantes. ¡Puedo verlo a través de los caminos!

El hombre guardó la estatuilla del monstruo deforme y extrajo el fondo falso del cofre sellado. Me abrumó un indescriptible sentimiento de soledad, al sentirme aislada en aquel salón de pórfido junto al extraño mago de poderes desconocidos. ¡Había escarbado en mi mente sin consentimiento! ¡Creía poseer una escandora capaz de protegerme de seres incompresibles! Al extraer aquella hoja de papel me sentí nerviosa. La soledad de la estancia se convirtió en una pesada carga sobre mis hombros y los ojos aguamarina del hechicero me contemplaron, inexpresivos.

—Hace años el presidente de un país del sur... profanó la tumba del Libertador—contó la Serpiente y

sentí un escalofrío al escudriñar el trozo de papel ictérico cubierto de tinta rojiza—. El gobernante era un creyente del Palo Mayombé y buscaba los secretos inmemoriales de aquel hombre legendario en su cripta familiar tras saquear sus huesos: encontró lo que buscaba, pero cayó una maldición sobre el país. El dictador no vivió mucho porque un cáncer espantoso se lo llevó... y la maldición impera sobre el país como una costra de gangrena que se niega a sanar—me tendió la hoja de papel quebradizo—. Encuentra el resto de ese libro maldito... condenado a la destrucción por las autoridades religiosas de épocas difusas, pero... cuyas traducciones se niegan a desaparecer de la historia.

Solo contemplar los glifos indescritibles escritos con sangre me pareció... morboso y cautivante. Creí visualizar un cráneo con tres orificios, y... tendí la mano por impulso para palpar el papel rugoso con las yemas de mis dedos. Palpé el trozo de pergamino, extrañamente suave y mullido, y cerré mis ojos... esperando contemplar los misterios ocultos en el texto ultraterrano y los ecos de su resonancia. Me fui alejando con estupor y sentí los fríos dedos de aquel sacerdote enroscados alrededor de mi muñeca como una serpiente desquiciada.

Sentí que invadieron mi mente, y a partir de estos párrafos... solo puedo escribir incoherencias porque un palpar doloroso en la glándula de mi cerebro me impide pensar en ello con claridad. Voy a describir las visiones, a pesar de estar difusas por el delirio... He visto las arenas de los desiertos con mis ojos físicos y mis ojos espirituales... pero, nunca en mis años de exploración vi semejante arena grisácea,

extendiéndose en valles sepulcrales donde el sol no brillaba, ennegrecido por gruesas cortinas de nubes sulfurosas. Los pilares huesudos que se alzaban abruptamente semienterrados por la arena parecían los dedos de un gigante muerto hace miles de años... y en su esqueleto blanquecino habitaban seres y entidades que abandonaron su humanidad hace incontables evos. Las escalinatas esculpidas en el hueso, los portones, las madrigueras parecidas a gusaneras... No había rastro de vida, tal y como la conocemos. El único ser tangible era un hombre cubierto de pies a cabeza con tela para protegerse del sol y ojos pardos de párpados morenos. El turbante se agitaba con la brisa sulfurosa y su vestimenta era carcomida por el sudor y el calor... Aquel hombre conducía un camello prominente y esquelético cuyos fardos abultados chirriaban con sonidos metálicos. No podía acercarme a él, porque una fuerza oscura me lo impedía y... desapareció en aquella necrópolis del desierto muerto, abandonada por espíritus y genios terribles.

El desierto desapareció con un batir de alas espectrales y aparecimos en una habitación débilmente iluminada por una lámpara de aceite. Las paredes envejecidas y ennegrecidas por el humo eran pobladas por el moho y las ratas, de las vigas del techo colgaban telarañas espesas como el algodón y los estantes tapizaban los rincones con libros viejos y polvosos. Las repisas eran atestadas por frascos con animales curiosos e instrumentos de bronce con fines desconocidos, y en la única mesa del reducido espacio se colmó un barullo de papeles, plumas, tinteros y el grueso tomo de un libro grande, pesado y encuadernado... en un extraño cuero curtido y oscuro que

no necesite adivinar, para saber que era piel humana. Era el estudio de un mago negro que enloquecía en su empresa de transcribir aquel libro maldito, escrito hace cientos de años por un árabe loco... y su séquito de ignotos pupilos dementes.

Me acerqué un poco más por el suelo de tablas manchadas y descubrí un rostro humano grabado en la cubierta rojiza del grueso libro... creí reconocer aquellos ojos pardos y vacíos en un rictus de agonía eterna. El libro me atraía con una fuerza impensable, y mis ansías de conocer sus secretos oscuros... me llenaron de euforia y perversión. Al estar tan cerca y ser lo suficientemente sensible, podía escuchar en el bajo tono... el rumor de insectos nocturnos entonando una melodía espantosa desde el interior de las páginas. Las anotaciones junto al manuscrito eran una traducción del contenido original y reconocí con lentitud el alfabeto griego.

Una tertulia estalló en el estudio cuando un anciano de ojos viscosos y cabello ralo entró seguido de un joven pelinegro de nariz ganchuda. Ambos vestían como acólitos de prendas holgadas y oscuras con insignias de la sapiencia. Se enzarzaron en una discusión con un idioma que difícilmente pude comprender... El anciano temblaba visiblemente, horrorizado por lo que encontró en las páginas del libro maldito, sus ojos acuosos eran resguardados por membranas carnosas de cataratas.

—Theodorus—pronunció el joven de cabello rizado y nariz prominente con gesto afanoso. Debía ser el aprendiz de aquel viejo mago...

El anciano dijo algo que no entendí y se resignó con dedos temblorosos a la mesa para arrastrar los pape-

les con la traducción y el libro maldito. Parecía quedarse ciego por momentos, cuando sus largos dedos nudosos buscaban los papeles, y... en un ataque de ira, escuché que se desenfundó un puñal. Una puñalada húmeda y un gorgoteo.

Me horrorizó ver al anciano mago retorcerse en el suelo con la garganta abierta, vomitando sangre a borbotones... Recuerdo ver al joven apoderarse del texto original escrito en un idioma arcaico con la túnica manchada de sangre y una sonrisa vacía en sus labios enjutos. El joven salió de la habitación con el pesado libro bajo su brazo y las tablas desaparecieron con un estallido. Escuché aullidos monstruosos y las sombras nos rodearon a través de una cortina crepuscular. No podía visualizar sus verdaderas formas, porque caería en la demencia de la Sombra Eterna. Una de ellas se acercó a través de la niebla negra, arrastrándose por un sendero tenebroso.

Con mis numerosos viajes lúcidos he aprendido a protegerme de los habitantes del bajo astral para que no me roben la energía, y me enfoqué en subir la vibración de mi campo electromagnético al imaginar llamas de matices dorados, violetas y blancos rodeando mi cuerpo. Las entidades de estrellas oscuras, habitantes de aquella luz translúcida y miasmática, desdibujaron sus formas salvajes en el velo. Esa brecha era prohibida y peligrosa... atravesar aquel umbral era entregarse a entidades marginadas y terrenos desconocidos que escaparon a la Creación. En diversas ocasiones, si viajabas lo suficiente... llegabas a aquel velo infranqueable y eras detenido por la Concepción de las Fuerzas Disuasorias... En casos aislados, se podía atravesar aquel espacio onírico y

desprenderse del cascarón de carne para sumergirse en horrores cósmicos inimaginables, atrapados detrás de una pesada Puerta de Piedra.

No rebasamos el umbral por virtud a la vida y la mente...

Atravesamos una pequeña puerta de goznes gastados y entramos a un recinto empedrado y polvoriento, atestado de mesas e instrumentaría. Tras un primer vistazo, intuí que era una vieja fábrica de vidrio, pero llevada por la imaginación y una mente lúcida... pude descifrar que era el taller de un místico alquimista: el atanor en eterno funcionamiento, retortas con gases, alambiques curvos, matraces, embudos, frascos con espuma, líquidos ambarinos y añil. En una esquina resplandecía un huevo filosofal precedido por bocetos anatómicos, contenedores de líquidos dorados y un altar planetario con las siete muestras de los Metales Universales. Los artilugios de bronce se apilaban en una imprenta de acero de rodillos entintados y pilas de papeles con tinta seca. Un rollizo médico alemán de turbante rojo, camisa negra con puños abombados y pantalones oscuros; permanecía en su oficio sobre una plancha de impresión amoldada a una vieja prensa de vino, sujeta con un molde de letras móviles para imprimir en el papel. En las letras impresas con tinta negra se apreciaban líneas de familiar alemán romance y diagramas de insectos, entidades híbridas, monstruos quiméricos y lo que parecían ser órganos de extraña estructura. El alquimista escondía con recelo el desgastado manuscrito original, encuadernado en piel lustrosa, y las traducciones escritas en lenguas extranjeras de imperios desmembrados. Las copias del libro no poseían

la altivez del rumiante sonido de los insectos al anocheecer... y las tapas en cuero teñido no contenían inscripciones. Lo único legible era el nombre al pie de página, escrito a mano: «*Theophrastus Paracelsus*».

Un cañonazo y un millar de fogonazos brotaron de las ventanas, plagadas de humo y pólvora que nublaron la luz. Escuché palabras ininteligibles a través de las puertas y celosías; el alemán corrió, escondiendo sus copias del libro sacrílego... hasta que aquellos españoles irrumpieron en el taller con uniformes azules, pelucas, mosquetes y floretes elegantes. Pero, no pude seguir viendo más... porque el libro maldito se estremeció, sopló una ventisca salitre y el destino incierto de aquel manuscrito se perdió como un botín, tesoro de guerras olvidadas. El poder hipnótico del opúsculo era capaz de apoderarse de los pensamientos de hombres codiciosos...

El hombre de túnica escarlata sostenía mi muñeca con dedos fríos y sus ojos aguamarina eran inmersos en la corriente turbulenta de un río fangoso mientras la embarcación de madera se mecía, remontando territorios selváticos plagados de manglares y caimanes. La expedición del río nos llevó hasta un ruinoso fortín. Reconocí al capitán de la expedición como uno de los españoles que irrumpió años atrás en el taller del alquimista: las profundas arrugas habían curtido su rostro, y su cabello ya exhibía el gris de la vejez.

Poseía en su tesoro el manuscrito maldito, sin comprender su significado, pero obsesionado con su poder siniestro. Aquellos españoles se abastecieron de víveres para remontar su búsqueda de El Dorado, y tras semanas de travesía... fueron asaltados por barcos ingleses en una matanza que tiñó de rojo las aguas turbulentas

de los cauces fangosos. El capitán inglés arrojó los cadáveres españoles a los caimanes y pirañas embravecidas, y saqueó el tesoro de oro, plata y joyas.

El inglés asaltó y quemó colonias españolas pésimamente defendidas. No pudo entender del todo los textos de aquel misterioso libro de caracteres extraños y envoltura en piel desconocida... pero, lo escondió por muchos años de piratería en su despacho. Olvidado y enterrado en un gabinete, se escondió el libro maldito por décadas...

El capitán inglés regresaba a su patria enriquecido y partía nuevamente a las riberas en busca de los secretos de aquella tierra del Nuevo Mundo, inspirado por el deseo de conquista, tomando posesión en nombre de Inglaterra, pero... durante el ataque a un poblado fortificado... murió su hijo mayor. Fue en aquel momento de inflexión y pesadumbre que el llamado del libro se hizo escuchar en las nubes de su mente... Podía sentirlo a través de gases hediondos que se hincharon en el gabinete sellado y le enseñaron los secretos oscuros al avezado conquistador, que dominaba el latín y el alemán de las traducciones compiladas de su botín marciano. Manipuló fuerzas obscuras y resucitó al joven fallecido con rituales de sangre y pactos con entidades desconocidas en su camarote. El muchacho regresó a la vida, pero nada que se esfuma regresa cuerdo del mundo desconocido... y no era el mismo espíritu enérgico. La antítesis en su rostro famélico y su andar pesaroso, interrumpido por episodios de bloqueo y embotamiento... Eran horrorosos y repugnantes.

El inglés le disparó a su hijo en la cabeza por la corrupción del texto y se suicidó de forma misterio-

sa... arrojándose a los caimanes del río con el libro en las manos.

El hechicero con máscara de serpiente me soltó abruptamente, y caí... en una espiral interminable de oscuridad hacía aquella Puerta de Piedra. Mi mente se partió con un ardor rezumante y fui testigo de lo que ocurría al posar mis manos espirituales en el grueso libro encuadernado con la piel del árabe loco. Me adentré en la oscuridad marginal de la canción del universo existente, y vi horrores indescribibles que me enloquecieron en el confín galáctico. El rumor de los insectos al anochecer hacía vibrar cada gramo de mi existencia física... y de todos mis cuerpos habitables a lo largo del tiempo y el espacio en los mundos posibles. La bruma nebulosa me envolvió con puñaladas iracundas y me aferré al libro maldito como si fuera el tesoro máspreciado del universo.

El Hombre con Cabeza de Ciempiés sostenía un original del libro maldito bajo su brazo lánguido. La delgadez de su cuerpo envuelto en ropajes oscuros le ofrecía un aspecto diabólico de miembros largos y angulosos. Aquella entidad levantó un dedo hasta mí y me señaló... ¿Poseía el texto original o, era una traducción de otro mundo más antiguo que contenía los secretos de la creación y la destrucción? ¿Secretos de la Esencia Divina del Todo y los Primigenios al otro lado del Meridiano?

Y desperté mucho tiempo después, de un coma letárgico que se robó tres años de mi vida. Las pesadillas se sucedieron cada noche en una recurrente persecución contra sombras que desconocía y salones ensangrentados... donde aquella cabeza de ciempiés

angulosa me asesinaba en horribles pesadillas que eran... ¿reales? No podía saberlo, no supe más nada del hombre de túnica escarlata con yelmo de serpiente o los sectarios que me contactaron, y dejé de asistir a los aquelarres y cultos donde dejaba desbordar el brillo índigo de mis dones cuál sensibilidad artística. Con los años y la medicación, renuncié a los sueños lúcidos y desprendimientos oníricos... porque en cada sueño era perseguida por aquella criatura maligna. Después de ciclos de tormento, problemas familiares y asilo en manicomios... dejé de soñar completamente. Los doctores del sitio donde permanezco internada no pueden explicar la decadencia en mi estado anímico y mi precaria salud. Creo que mis otras versiones en los innumerables mundos posibles han sido asesinadas brutalmente por el ente iracundo. No puedo soñar más...

Cuando no estoy sedada, puedo escuchar sus pasos y presenciar su dedo nudoso apuntado y sorbiendo mi alma... No puedo explicarlo, pero mis noches negras me hacen pensar que soy la última de toda la existencia. La Concepción de la Esencia Divina me empuja al suicidio... No he visto el sol rosáceo iluminar el mundo, pero los reflejos de la luna hacen su llamado de colmena para desatar la eutanasia sobre las ciudades inundadas de viscosidad rojiza y carnosa.

Las luces parpadearon y escuché la radio de la sala emitir una alerta de devastación, repetida incontables veces mientras los lamentos se extendían como la fiebre sobre la humanidad. Los océanos de sangre se hincharon y las voces de los muertos se fusionaron en una entidad sin conciencia. Ellos no pueden

ser abandonados. El sol rojo está llorando sangre...
y, las trompetas del fin de los tiempos resonaron en
el jardín de los gritos.
Puedo sentir que se aproxima desde su dimensión
oscura...

Capítulo 1: Padre nuestro que «no» estás en los cielos...

—¿Y quién reza por nosotros? ¿Quién le ha dedicado una plegaria a aquellos que no le importamos a nadie? Aquellos cuya existencia se redujo a un puñado de recuerdos dispersos. Nadie reza por los demonios, aquellos que con más necesidad pidieron redención y los olvidaron.

Jonathan levantó el revólver plateado, José Silva abrió la boca y sus papadas se cubrieron de sudor grasiento.

—¿Creí que eras un hombre de Dios?!

—Por supuesto que soy un Misionero de Jesús—interpuso la pistola en la mesa. Sacó una cajetilla de cigarrillos y encendió uno mientras miraba el malecón y las aguas fangosas del río—. La gente a la que persigo, usualmente termina conociendo al creador. José estaba pálido y se rascó las entradas del cabello poblado.

—¿Qué quieres de nosotros?

El hombre de gabardina oscura señaló la ventanilla empotrada en el elegante marco de madera, y resopló el néctar de la nicotina.

—Tienes buena vista del río y el Malecón desde acá—caló profundamente el cigarrillo y reparó en el cielo cerúleo sobre la corriente turbulenta—. Puedo apreciar el Puente de la Angostura, las aguas turbulentas del Orinoco y el Malecón de paseadores. Ciudad Zamora es bastante anticuada y decepcionante: parece que esta parte histórica se congeló en el tiempo para preservar el legado de nuestro sangriento pasado.

Los ojos negros de Francis se salieron de sus cuencas. Las paredes temblaron ante las palabras de ultratumba del sacerdote... La niña gritó, retorciéndose como una serpiente en la cama desvencijada.

—¿Quién eres, demonio?

—Aquél que habitó en Caín—anunció salido del abismo—. Meridiano, él que mora en la Tierra del Silencio.

Fumó para apartar aquellos pensamientos y el fragor del cigarrillo lo cobijó con extraña semblanza. El templo de la Logia Asilo de la Paz era una vetusta casona en la calle Santa Ana, separada del río por la Plaza de la Libertad. En ese templo, en cuyo jardín hay una estatua pedestre de Simón Bolívar, se observan los signos de la tradición inmortal, atribuidos a la masonería: las columnas del Templo de Salomón, las espadas de Las Cruzadas, los signos del paganismo, el compás, la escuadra y el mandil del albañil. Por allí han pasado militares, guerreros, acaudalados hombre de negocios, benefactores, filántropos y líderes de la libertad y fraternidad; que dejaron enmarcadas sus historias en bustos de piedra y retratos de todas las épocas, que pueblan los rincones de aquella estructura. Sabía reconocer los pasadizos de una mansión, y aquella contenía más de una docena de secretos. Con sus años viajando por el mundo, podía leer la historia de los lugares como si viese el pasado a través de un crisol.

En un pedestal pulido sobresalía un enorme y pesado libro donde una caligrafía fluida y esmerada hablaba de la vida de la Logia, durante doscientos años de existencia. Allí, grabaron sus nombres e historias los padres y abuelos de la masonería guayanesa. De

uno de los muros cuelga un cuadro descomunal ictericiado por el tiempo, donde apenas se lee la lista de los fundadores y primeros iniciados, comenzando por «John Ambrose». Al salón de liturgia se llega internamente por una angosta, zigzagueante, crujiente y empinada escalera de madera asociada al misterio del Gran Arquitecto. Al subir cada escalón se percibe el despertar de una fuerza desconocida que atrae seres invisibles. Según la Torre de la Victoria, cada escalón representa un estrato de la conciencia, y cada peldaño subido es un nuevo nivel de existencia que se debe trabajar en vida... hasta alcanzar el último grado y trascender a un plano superior. Viejos tratados sobre la materia revelan que la francmasonería existió desde antes de la era cristiana, posiblemente surgió en la época de los Faraones, por lo que sus raíces estarían en el antiguo Egipto... unos tres mil o cinco mil años atrás.

En la leyenda del Hiram, el arquitecto fenicio que dirigió los trabajos de construcción del Templo de Salomón, décimo siglo antes de Cristo, se habla de la división de los obreros en aprendices, compañeros y maestros; así como de palabras y signos secretos. La masonería remonta su origen en los misterios iniciáticos del paganismo, en las corporaciones obreras creadas por el legendario rey romano Pompilio Numa, en las sociedades ocultistas que prevalecieron en las islas británicas después de la retirada de los romanos, en Las Cruzadas militarmente organizadas para la conquista de los santos lugares caídos en poder de los musulmanes, y en la Orden de los Templarios; cuyos acaudalados miembros fueron llevados a la hoguera por Felipe El Hermoso, de-

seoso de aprovecharse de sus riquezas. Su ascensión continúa siendo un arcano secreto, haciendo que el templo se vea desde fuera envuelto en una atmósfera de misterio consagrado al Gran Arquitecto. La fraternidad filosófica extiende sus ramas por todo el mundo con método para obrar y hacer, en nombre del Venerable Maestro.

Jonathan contempló el rostro pétreo de José y esbozó una sonrisa torcida. Pensó en hombres de auténtico talento, forjados en las fraguas del ocultismo como el florentino Dante Alighiere, autor de la Divina Comedia; Montesquieu, autor del Espíritu de las Leyes, que echó las bases del moderno parlamento; Francisco de Miranda, precursor de la Independencia americana; Simón Bolívar, Libertador de medio continente, cuyas tácticas militares aterrorizaron a los españoles; José Garibaldi, unificador de Italia; George Washington, Libertador de Norteamérica; Winston Churchill artífice de la victoria aliada; el mariscal francés Jean Bernadotte, convertido en Rey de Suecia; el héroe argentino José de San Martín; y Andrés Bello, paladín de las letras americanas. Todos bajo la influencia y el sincretismo religioso de aquella sociedad hermética, pues la masonería ha sido siempre un instrumento de liberación.

Siglos atrás, cuando el hombre era tiranizado, hostigado y perseguido por los dictadores que promulgaban el concepto errado de que el hombre no podía pensar por sí mismo, vino la hermandad masónica y levantó las banderas de la liberación.

Un retrato en marco de plata mostraba los envejecidos colores de un hombre de uniforme y sombrero marino posado sobre una quilla con un florete en

su brazo y las arrugas de un rostro curtido por la sal tensando su cuello y rostro. El susodicho capitán John Ambrose, llegado a Ciudad Zamora comandando «El Hunter», uno de los barcos fletados en Londres para transportar armas y pertrechos para la Campaña Admirable. Este hombre fue el iniciador de la primera Logia que tuvo la ciudad, cuyas paredes narraban una historia rica y fechada a través de cuadros e insignias con nombres grabados en letras doradas.

En aquella secta bautizada «La Concordia» se iniciaron el general Tomás Montilla, Gobernador de la provincia; el Capitán José Padilla, oficial de la Escuadra Republicana y un grupo de comerciantes de la plaza, entre ellos, James Hamilton, traductor del Mensaje del Libertador en la instalación del Congreso de Angostura e introductor de la navegación de vapor por el Orinoco.

Jonathan descubrió en el salón principal una antigua pintura en marco dorado de la Logia Lautaro de Londres, sobre la formación piramidal de aquella secta donde aparecían Francisco de Miranda, Simón Bolívar y San Martín; como Venerable, Maestro y Secretario, respectivamente. Pero un personaje fuera de lugar en aquel lienzo le erizó el vello de la espalda: un hombre desaliñado, de túnica escarlata ceñida con un nudo y un yelmo de lobo labrado en oro macizo; parecía una deidad extraña y antropomorfa, desconocida por la inscripción, portando bajo su brazo un grueso libro encuadernado en piel rojiza y, ofreciéndolo... al mítico Libertador de Cinco Naciones. El hombre de túnica escarlata parecía inmerso en un incuestionable misterio y aquel extraño manuscrito...

creyó haberlo visto en los servidores clasificados de la Fundación Trinidad sobre Reliquias Peligrosas.

—Creí que la Concordia había sido extinta por los avatares de la guerra.

El gordo José Silva tragó saliva al ver la pistola, sus manos temblaron sobre la mesa de madera. Jonathan se reclinó en la silla con un chirrido, sacó una moneda de su bolsillo y la lanzó al aire... la atrapó y miró el resultado: cara. Volvía a lanzarla: cara. Probó su suerte otra vez: cara. Sonrió, malévolo... pensando que aquel objeto anómalo estuvo destinado a ser fundido por la fundación si no lo hubiese robado.

Jonás lanzó la moneda.

—¿Quién es el Gran Maestro de Venezuela?

—Eso es secreto de la sociedad—palideció el masón—. ¿Tú eres el Justiciero de Ciudad Zamora?

—No—levantó el revólver y jugó con el seguro—. No me interesa desestabilizar mafias o apresar criminales. Me parece una visión muy infantil de lo que significa la verdadera justicia social. He escuchado de él: dicen que es un fantasma que salta por los techos y desaparece en los callejones en busca de venganza por la corrupción en la ciudad. Muchos dicen que es un espíritu vengativo que permanecerá atado a este mundo... hasta que las calles sean limpiadas de la mafia china y la Guerrilla Colombiana.

—¿Sabes quién es?

—Un loco disfrazado al que matarán pronto—estudió el arma—. No he escuchado de él, desde que ocurrió el temblor en Montenegro.

José estaba blanco como un papel y las bolsas de sus ojos adquirieron tonos amarillos.

—¿Y tú quién eres?

—Ustedes fungen como un ministerio jerárquico. Tú eres la máxima autoridad de Ciudad Zamora, por ende, tienes conocimiento de los secretos de esta logia masónica. Quiero saber dos cosas—Jonathan apuntó la pintura de Bolívar—. Primeramente, la verdad detrás del Libertador.

José frunció el ceño y las arrugas de sus mejillas se tensaron cuando abrió y cerró la boca. Las venas en su cuello palpitaron, desconcertado.

—¿Nunca has leído un maldito libro de historia?

Negó con la cabeza.

—¿Cuál fue el secreto del éxito de Bolívar?—Sonrió, despectivo, y miró de súbito la piedra que ascendía del agua fangosa en el centro del río—. Sé que los masones tienen prohibido divulgar secretos que expongan la verdad de su mundo. Dímelo, y te dejaré vivir para que me persigan tus compañeros sectarios.

—Estoy listo para morir.

Jonathan asintió.

—Entiendo—reflexionó y lanzó la moneda—. Todos llegamos a un punto en el que estamos listos para morir, sin temor a lo desconocido. ¿Pero, cómo se manifiesta el miedo al dolor? ¿Qué tanto puede sufrir el cuerpo humano antes de morir? —El joven extrajo un cartucho negro de su bolsillo, presionó un botón, y desplegó la hoja de un puñal de diez centímetros, peligrosamente afilado—. ¿Cuántos dedos te puedo cortar antes de que mueras por la hemorragia? ¿Te han apuñalado alguna vez?

Jonathan sucedió las preguntas, cada una más horrorosa que la anterior, mientras el rostro del masón perdía color. El joven clavó el puñal en la mesa y se

ajustó el alzacuellos blanco de la sotana negra. Símbolo de sacerdocio católico.

—Sería difamatorio que se supiera que los masones han pactado con cultos de magos negros—señaló la pintura y al mago de extraña túnica sanguínea y yelmo de oro—. He viajado desde muy lejos. Soy lo que se conoce como un buscador de la verdad. He descubierto los secretos del mundo, y sus misterios desconcertantes en antiguas ruinas, en leyendas de supuestas deidades y en crípticos ocultos por sociedades secretas. Simón Bolívar: un masón y ocultista. José de Silva suspiró y trazó círculos en la mesa con sus palmas. Aquel salón cobró una inusitada vida y los retratos en los lienzos parecían escudriñar lo que sucedía con sus ojos de pintura antigua. El busto de Bolívar adquirió un semblante descompuesto y amenazante. El masón se levantó y paseó la mirada por las pinturas y las repisas de aquel recibidor. Negó con la cabeza y exhaló, aventurado en secretos legados a reducida estirpe.

—Ocurrió en el año 1800, el barón Alexander von Humboldt y Aimé Bonpland visitaron lo que era conocido como Angostura. Eran expedicionarios y cartógrafos que bautizaron nuestro país y recorrieron sus lomas, cavernas, mesetas y... en la ribera del río Orinoco, enterrado en el fango, hallaron un misterioso libro que no exhibía el mínimo deterioro a pesar de que llevaba años en el lecho fangoso. Aquellos hombres de ciencia, insensibles a los misterios del universo, cedieron el libro a John Ambrose, el iniciador de la primera Logia de Ciudad Zamora. El fundador descubrió que el libro ejercía un poder hipnótico en los hombres de letras, poemas y artes...

Pero, nadie podía descifrar la complejidad plasmada en la escritura inconexa y sus ilustraciones sacadas de pesadillas.

»Aquel poder atrayente obsesionó a los masones de la época, al punto del delirio fanático y el alumbramiento de ideas siniestras. Muchos hombres sabios perdieron la cordura, diciendo soñar con los secretos revelados del libro. Se hablaba de poderes místicos capaces de doblegar la naturaleza y la mente de los gentiles. Incluso, hubieron hombres que en su obsesión por descifrar los misterios, replicaron ser perseguidos por entidades desconocidas que flotaban en el aire vacío y las paredes sólidas. En una carta perdida se hizo un llamado a la Gran Logia Masónica de Londres y Westminster para solicitar hombres de letras, inculcados en lenguas arcanas y ciencias de todo el mundo: arqueólogos, historiadores, cronistas, lingüistas, médicos, psíquicos, metafísicos y ocultistas famosos—José acarició el busto del Libertador con las yemas de los dedos—. El conocimiento que extrajeron de aquel libro maldito desató locura y corrupción en la época: plagas, brotes de enfermedades desconocidas, profanación de mausoleos, círculos de brujería y santería, orgías satanistas, episodios de histeria colectiva, manicomios a rebosar y hospitales atestados de personas que creían ver luces en el cielo y terrores nocturnos. No se sabe mucho de lo que ocurrió en el pueblo, porque muchas de las traducciones y pergaminos fueron quemados por órdenes sacerdotales. El libro desapareció y aquel caldo de investigación cerró sus puertas a los científicos que migraron de todo el globo para desenterrar los poderes oscuros del manuscrito.

»Todo se mantuvo en secreto, y solo el Gran Maestro del País esconde los documentos con la información de aquellos años de nubarrones tenebrosos. El libro maldito fue escondido, hasta que en 1818, «La Concordia» funcionaba en los túneles de la Casa del Congreso de Angostura, donde se supone que asistía el Libertador, pues este era masón desde agosto de 1810, iniciado en la Logia «La Gran Reunión Americana», fundada en Londres por el Generalísimo Francisco de Miranda.

»Se dice que los masones de la época le ofrecieron las traducciones y pergaminos extraídos del libro maldito a la Aristocracia Criolla, y se lograron proezas generales sin igual para el éxito de la campaña del Libertador, apoyados por fuerzas oscuras. El poder de aquellas investigaciones nunca dejó de generar fanáticos descarriados que cayeron en la corrupción de la magia negra y el caos—el masón se perdió en cavilaciones y detalló el papiro amarillento con los nombres de cientos de hombres ilustres—. El poder puede enloquecer, y los secretos que esconde ese libro sobre la verdadera naturaleza de nuestro universo... es suficiente para perturbar la mente y la razón. El solo imaginar los terrores exteriores que escapan a nuestros primitivos y atrofiados sentidos de percepción—frunció los labios en negación—... Descubrir todo eso, es suficiente para que el hombre más fuerte se quite la vida.

Jonathan lanzó la moneda y la atrapó: «cara». El centavo plateado formaba parte de los misterios del mundo, lo llevaba consigo para recordar lo poco que sabemos de la realidad.

—¿Qué fue del libro maldito?

—¿Para qué lo buscas?—El masón señaló el crucifijo del rosario en su cuello. Aquella madera era extraña: era rojiza y parecía desprender un sacrosanto brillo dorado—. La Orden no comparte su fanatismo por dioses tiranos. ¿La Iglesia Católica busca el libro maldito con qué fin? ¿Para recuperar el poder que tuvo tras el vacío que dejó Roma? Esos días de gloria, sangre y conquista... se han terminado.

—No he sido un hombre devoto a Dios, pero soy un enemigo diligente del Diablo y las fuerzas oscuras. He decidido ser bueno por voluntad, sin el soborno de un cielo.

—Lo que voy a contarte es un secreto de la historia que solo unos pocos han llegado a conocer. Me juzgarán si esta verdad sale a la luz, por eso pido compromiso de vuestra parte para esconder el secreto—José paseó por la estancia y le dedicó una larga mirada a la corriente fangosa bajo el enorme puente moderno de cables metálicos—. En 1823, el Libertador ascendió al grado treinta y tres: la máxima jerarquía de la masonería. Bolívar, ordenó la destrucción del libro creyendo que la divulgación de sus secretos era un peligro para la humanidad. La Concordia refutó esta decisión y escondió el libro... Utilizar aquellas fuerzas oscuras cobró un alto precio en los próceres de la época: Bolívar murió pocos años después de una tortuosa tuberculosis, dejando su nación, la Gran Colombia, sin propósito... causando su disolución; Francisco de Miranda fue apresado y fusilado tras numerosas torturas por sus propios aliados; el argentino José de San Martín enloqueció y fue internado en un manicomio hasta que se pegó un tiro en la cabeza; Andrés Bello estudió por muchos años las

traducciones que conservó del libro, los académicos que lo acompañaron en sus últimas horas escribieron que se lo veía más retraído y nervioso... y, que recitó un pasaje en latín en voz alta. Vieron una sombra negra que cayó sobre él como una cortina y sucumbió a la muerte... El médico no pudo descifrar la causa de muerte. La maldición del libro se cobró un sin número de vidas, años después de ser utilizado... El llamado que poseían esas páginas era poderoso, y por muchas traducciones que desaparecían en las llamas, otras las remplazaron en un ciclo de desesperación. »En 1854, José Gabriel Ochoa fue el primer Venerable Maestro de La Logia Asilo de la Paz, luego de que «La Concordia» prácticamente se extinguió en una disputa por el libro que terminó en un baño de sangre. Las traducciones habían desaparecido, y el poder oscuro volvía a su letárgico encierro... El Maestro se negó a destruir el manuscrito original, y lo escondió en Ciudad Zamora, para que su poder no volviera a corromper a los hombres ilustres. Hasta nuestros días, nadie sabe exactamente dónde se esconde el libro.

José de Silva suspiró y tembló, conteniendo el llanto para proseguir su discurso:

—Los masones buscan el progreso del hombre y su desarrollo filosófico, espiritual y filantrópico. Cuyos principios de libertad, igualdad y fraternidad impulsaron la Ilustración y la Revolución Francesa. Por esa queremos olvidar esa mancha en la que tantos hombres sabios cayeron, persiguiendo el poder demoníaco y volviéndose locos.

Jonathan lanzó la colilla del cigarrillo consumido por la ventana, y guardó el cuchillo y la pistola en

su gabardina. Se ajustó el alzacuellos blanco y la reliquia santa de la cruz. Miró por la ventana abierta la corriente sinuosa y los remolinos de aquel río inmemorial, las lanchas motorizadas desfilaban soltando espuma sobre el fango marrón y la formación rocosa conocida como la Piedra del Medio se alzaba imponente. Leyó que durante la época colonial fue utilizada como destino para las personas que padecían de lepra, intentando no contagiar al resto del poblado. Aunque, el mito más conocido sobre la Piedra del Medio es uno indígena que antecede la llegada de los españoles, y detalla que a los pies de la Piedra habita una serpiente gigante de siete cabezas que al engullir el agua, provoca grandes torbellinos que hunden canoas y barcos... e incluso arrastran a personas que pasean por la orilla del río.

—Es difícil deducir dónde se escondió el libro maldito—confesó el hombre con la mirada pérdida—. Puedes matarme, si gustas... Mi alma inmortal vivirá para siempre. Los tiempos se han vuelto turbulentos, haya afuera, en el mundo... Estamos condenados a desaparecer bajo las fraguas de una batalla que se aproxima.

Jonathan frunció los labios.

—Dígame la verdad detrás de la serpiente.

El hombre soltó una risotada.

—Estás loco—miró largamente al joven y pestañeó—. La Piedra del Medio es solo una leyenda. El explorador Humboldt la bautizó como «Orinocómetro», pues los habitantes de la ciudad la usaban para llevar el registro de las subidas y bajadas del agua—hizo una pausa, pensativo—. Cuentan que bajo la piedra existen galerías que se desparraman por toda

la ciudad, y que en ellas habita el monstruo místico y seres escamosos parecidos a los humanos. Eso sí, han ocurrido accidentes. La corriente es impredecible y ha causado hundimientos, nunca se logra recuperar los restos de las víctimas ni los vehículos, y los buzos enviados a las labores de rescate, aseguran... que es imposible llegar al fondo del río en cercanías de esta piedra.

»Una chalana se hundió allí en la zona de arremolinamientos, el 27 de febrero de 1952 y dio validez a la leyenda. Cuentan que iba un cargamento de oro, por eso el gobernador de la época contrató a buzos, pero estos aseguraron no querer regresar más al fondo del río y menos cerca de esa piedra. Luego, la compañía propietaria de la chalana contrató a un buzo profesional para que realizase una búsqueda en las profundidades del río y determinar la ubicación exacta de la embarcación. El buzo, minutos después de sumergirse cerca de la piedra, haló desesperadamente para que fuese subido al bote que se encontraba en la superficie. De retorno, contó que en ningún momento logró visualizar la chalana hundida y en vez de eso... logró ver a una extraña criatura de ojos rojos que lo miraban y lo atraían a las profundidades. »Se dice que el animal resguarda la Piedra del Medio y protege a la capital del estado desde la época de la colonia. Además, existe la versión de que las cabezas de la serpiente están ubicadas en siete lugares icónicos de la ciudad: La cabeza central yacería en la Piedra del Medio, mientras que el resto ocuparía secciones de túneles inundados y mausoleos desde la Catedral Metropolitana hasta la Casa San Isidro— chasqueó la lengua—. Estudios realizados por el